

á la intervención del poder legislativo. Así, aun cuando durante todo su discurso salió maltrecha la autoridad real hasta el punto de que Epemesnil le recordó que los reyes eran inviolables en medio de los aplausos de la Asamblea, ya el otro día no se hablaba en París más que de la traición del conde de Mirabeau y con este título se escribió contra él de una manera sangrienta, y esto que se ignoraba el verdadero móvil de su conducta.

Barnave respondió á Mirabeau y éste se sintió tan perdido con el discurso del diputado delfín, que pidió se le dejara replicar al día siguiente como así lo hizo, pero no se consintió que á su vez pudiera hacerlo Barnave negándosele el derecho á usar de la palabra. De esta injusticia le recompensó el pueblo parisién que á la vez que con sus silbidos acompañaba á Mirabeau por la calle conducía en triunfo á Barnave al jardín de las Tullerías, y allí en frente del real palacio le hacía una ovación indescriptible. De este triunfo, de esta ovación, participaron Alejandro Lameth, Petion y Robespierre. Triunfaba, pues, Mirabeau, aun cuando su proposición muy enmendada, en sentido favorable á la intervención del poder legislativo; hacía poco brillante su victoria, pero al fin había probado á la corte que le era absolutamente necesario contar con él, ya que sólo él podía combatir con los grandes oradores de la izquierda. Pudo, pues, Mirabeau el 22 de Mayo poner sus condiciones para una reconciliación con la seguridad de ser obedecido.

Interin se renovaban las negociaciones, Mirabeau expiaba todos los pretextos para rehacer su popularidad, porque el conde no quería en modo alguno aparecer como un hombre de reacción. Así se dejó pasar la cuestión de la lista civil por la que se adjudicaban al rey 25 millones, lo que le permitía pagar á los cortesanos emigrados sus pensiones y mantener por lo tanto en el exterior una legión de conspiradores tanto más temibles cuanto que obraban bajo la dirección de un hermano del rey, porque no le convenía ahora hacerse temer sino querer, aprovechaba el mismo día—11 de Junio—en que la Asamblea concedía los 25 millones á Luis XVI y cuatro á la reina caso de quedar viuda, para pedir á la Asamblea nacional que tomase el luto por la muerte de Franklin, «pues los pueblos libres deben á su vez asociarse á los duelos de la familia, como lo hacen entre sí los reyes.»

Despojados de los debates parlamentarios relativos á las cuestiones políticas candentes con el decreto de 19 de Junio de 1790 que ya hemos mencionado sobre los títulos nobiliarios, podemos

tratar nuevamente la cuestión de Hacienda que se presentó más grave que nunca, y cuya solución empujaba Mirabeau, pues, sin una solución no era posible constituir un gobierno libre de la acción revolucionaria, por lo mismo que la bancarrota siempre inminente había de desencadenar sus furias al arruinar á los banqueros, y á los grandes y pequeños rentistas.

Hasta aquí había vivido el gobierno á fuerza de sacar dinero á la Caja de descuentos, pero ya no era posible continuar por este camino pues se había puesto á la Caja en peligro, y la deuda flotante subía en estos días á la enorme cifra de 878 millones. Inminente el fracaso, sólo podía eludirse vendiendo los bienes nacionales, es decir, los bienes de la corona y los del clero. Como ya hemos dicho se acordó su venta parcial,—por 400 millones.—y sobre estos se crearon los asignados. Pero Necker pudo enseguida convencerse de que nada se había hecho con la creación indirecta de este papel moneda, pues nadie lo quería por cuanto no había derecho á hacerlo tomar, y como imponer este curso forzoso era declarar inminente y segura la venta de los bienes del clero, cuando se propuso esta cuestión á la Asamblea, la oposición fué de las más crudas y vehementes, pero como no había otro remedio se aprobó el curso forzoso el 17 de Abril de 1790, á condición de que se descargase á la Caja de descuentos y del sobrante se descargasen las rentas del Estado empeñadas.

Fué en ocasión de estos debates cuando Dom Gerle, cartujo, patriota y devoto, creyó apaciguar la ira de sus colegas que clamaban no por sus bienes sino por la religión,—según decían,—que consideraban perdida, pidiendo que la Asamblea declarase que la religión católica era y sería siempre la de la nación y que no se autorizaría otro culto. Esta proposición que sólo viniendo de Dom Gerle pudo dejar de tacharse de maquiavélica, puso á la Asamblea en situación difícil, pues esta no quería declararse ni en pró ni en contra. Esta indecisión la aprovecharon los ultras para apurar la paciencia de sus colegas y apasionar los ánimos, á los cuales excitaban hasta el extremo de hacer inminente la guerra civil, y quien sabe lo que hubiera ocurrido en el seno de la Asamblea sin una de esas imprecaciones terribles de las que poseía sólo el secreto el conde de Mirabeau. En medio de una tempestad de aplausos, el grande orador dijo: «Desde aquí veo la ventana de donde la mano de un rey de Francia armado contra sus súbditos por execrables facciosos, disparó su arcabuz que fué la señal de San Bartolomé.» El recuerdo de aquel

horrendo crimen que en aquellos mismos días avivaba el teatro francés, pues se representaba el drama de Chenier, Carlos IX, con la particularidad de haber llevado al teatro para que diera en las tablas la señal de la matanza, la que la dió de veras en San German el Auxerrois, que es la que cada noche llama aún hoy á los espectadores de dicho teatro, decidió la Asamblea que resolvió la cuestión con una orden del día así motivada: «La Asamblea nacional, considerando que no tiene ni puede tener poder alguno sobre las conciencias ni sobre las pasiones religiosas, y que su adhesión al culto católico no puede ponerse en duda» pasa á la orden del día, —19 de Abril de 1790.—Así se creyó resolver una cuestión que no hizo más que plantearse como lo prueban los motines que desde luégo estallaron en el Mediodía, pero á estos motines precedió una protesta virulenta y apasionada de la minoría de la Asamblea, 297 diputados reclamaban el catolicismo como religión del Estado, y querían poner su protesta en manos del rey, que no los quiso recibir á pesar de su conformidad de miras con ellos, por cumplir sus deberes de rey constitucional. Pero como ya dejamos indicado, esta protesta no cayó en tierra ingrata, pues el Mediodía la recibió y proclamó á tiros.

En Nimes fué en donde estalló el tumulto al saberse que la Asamblea había elegido presidente á Rabaut-Saint-Etienne, y si pudiera cabernos alguna duda acerca del carácter político de esos tumultos, nos lo diría el haber enarbolado los bullangueros la escarapela blanca pisoteando la tricolor.

Montauban secundó á Nimes, pero la hizo entrar en razón la guardia nacional de Burdeos que acudió allí en auxilio de los dragones de su guarnición, y como los de Montauban no fueron auxiliados por los tolosanos como lo esperaban, la lucha pasó de la ciudad á los campos, y como desgraciadamente en las luchas civiles en las que se mezcla la cuestión religiosa la división se introduce hasta en el seno de las mismas familias, la división se introdujo en el ejército, y en Lille se batieron con encarnizamiento dos regimientos de caballería aristocráticos contra dos regimientos de infantería revolucionarios.

Como en general resultaba que la oficialidad, cuyo origen nos es bien conocido, era reaccionaria, al estallar estos tumultos en el Mediodía su equívoca conducta, ó su franca manifestación en favor,—naturalmente que era el pretexto,—de la religión católica, produjo la desorganización inmediata de la fuerza pública, pues, los soldados abrazaban en el

Sud la causa protestante, mientras los oficiales se proclamaban católicos, de aquí que estos fueran expulsados de los regimientos y que en Marsella, Montpellier y Valence, la guardia nacional se apoderara de los fuertes y expulsara á sus comandantes nobles, no sin tristes y sangrientos conflictos.

Este movimiento era tanto más grave en el Mediodía, cuanto que aún existía allí una posesión pontificia, pues el condado de Venaissin cuya capital era Aviñon, no era en rigor francés sino romano. La revolución había llevado allí una municipalidad democrática y una guardia nacional que fué estos días atacada por los reaccionarios á tiros y á cañonazos, pero vencidos estos por la guardia nacional con ayuda de los patriotas aviñoneses, fueron ahorcados dos marqueses y un abate de los que más se distinguieron en el movimiento que quería acabar con los enemigos del Papa: Entonces fué cuando Aviñon se declaró solemnemente francesa; arrancó de todas partes las armas pontificias que reemplazó con las de Francia, y una comisión de patriotas se presentó á la Asamblea nacional á proclamar esta reunión de «hermanos con hermanos.»

Tres días después, el 13 de Junio, la guerra civil estallaba en las calles de Nimes, batiéndose las compañías de guardia nacional patriótica,—protestantes y católicos reunidos,—contra los que el clero lanzaba á las calles á defender la religión. Los católicos de momento y por la sorpresa que motivó su ataque, alcanzaron la ventaja y saquearon las casas y degollaron las familias protestantes que pudieron alcanzar, pero en esta tarea les sorprendieron los montañeses de las Cevennas que tanto habían sufrido durante siglos por su fe, y como se les hiciera fuego al entrar desde el convento de Capuchinos, fué este asaltado, pasándose á cuchillo á cuantos encontraron dentro y así sucedió en donde quiera que se les hizo resistencia. Por la noche habían dominado la ciudad y las víctimas se contaban á centenares.

Todos estos tumultos sangrientos que el gobierno no podía reprimir ni castigar, siendo por lo mismo espectador impasible de tanto crimen, forzaron los debates de la Asamblea sobre la organización de la Iglesia, á lo que se oponían los obispos negándole competencia, pues decían que esto sólo correspondía á un Concilio nacional. De este modo de ver no participaba el bajo clero, y así era de ver á los curas y á frailes combatir y desautorizar las conclusiones de los obispos que se vengaban de sus inferiores llamando indecentes á sus escritos. Gregoire

fué en esta discusión donde más claramente demostró los sentimientos de toda clase que animaban al bajo clero.

Como en este punto es necesario juzgar con desapasionado y justo criterio, la obra de la Asamblea nacional, dejaremos que Martín hable por nosotros.

«Robespierre, que no tenía aún gran renombre ni grande influencia, pero que iba, en general, al fondo de las cuestiones, pidió la elección de los «oficiales eclesiásticos» por el pueblo. Con esto, no hacía más que expresar, de una manera precisa, el sentimiento de la mayoría. Los curas eran para la Asamblea oficiales públicos, funcionarios sociales. Así entendía reformar la Iglesia, como siendo una parte de la administración nacional, por lo que decretó que en lugar de esas diócesis y de esas parroquias que tan monstruosas eran por su desigualdad lo mismo en extensión territorial que en población, hubiese un obispo por departamento y una parroquia por municipio; y que los obispos y los curas fueran elegidos por el pueblo.

»A esto es á lo que se dió el nombre de *Constitución civil del clero*. A su adopción siguió un decreto ordenando la alienación total de los bienes nacionales.—25 de Junio de 1790.

»Hasta entonces,—es decir, desde que estaba en París,—el rey había sancionado y promulgado pasivamente todos los decretos de la Asamblea. Este, más que todos los otros, turbaba profundamente su conciencia. Ese cambio en las costumbres y disciplina eclesiásticas le espantaba, y aún cuando no tocaba á las creencias, le parecía subversivo de la religión. Así escribió secretamente al papa Pío VI una carta llena de angustia, pidiéndole su decisión

y el envío de una bula sobre este importante asunto.

»Si Francia hubiese en realidad continuado todavía en masa adherida al antiguo galicanismo católico, la constitución civil del clero, que tantos abusos escandalosos suprimía, hubiese sido una reforma tan natural como lógica, realizando lo que se dejó de hacer por culpa de los concilios del siglo XV; pero las ideas y las creencias habían cambiado, y los discípulos de Voltaire, de Rousseau, de la Enciclopedia, que llenaban la Asamblea y que dirigían á Francia y no podían ser los reformadores del catolicismo, por lo mismo que no eran católicos. Sus adversarios tenían en este punto razón. En el estado á que habían llegado las opiniones en materia de religión, no había más que una cosa á hacer: separar la Iglesia del Estado, es decir, poner fuera del gobierno todo lo relativo á los cultos.

»Mas los espíritus no estaban preparados para esta solución, que deseaban algunos filósofos y hombres políticos, Condorcet, Lafayette, el mismo Mirabeau en el fondo, y algunos periodistas parisenses. Después de ochenta años aún no se ha podido zanjar esta cuestión. Así se marchó de conflicto en conflicto á desgracias que la Asamblea constituyente no pudo ni prever ni evitar.

»Robespierre propuso además un medio atrevido para conseguir la adhesión del bajo clero de una manera definitiva, á la revolución y á la patria, al pedir que los sacerdotes libres pudieran casarse,—10 de Mayo de 1790.—La Asamblea no quiso tocar esta cuestión gravísima, pues no vió, que dado el camino por donde había tomado, era darse una probabilidad de triunfar de la resistencia del clero, y no la invención de una dificultad más, como todo el mundo creyó.»



361



CAPITULO VI

LA FEDERACIÓN

Carácter del movimiento federativo.—Situación de Mounier.—Imprudencia de intentar la contra revolución en el Delfinado.—El conde de Artois en Saboya.—Manejos reaccionarios.—Si los apoyaba ó no la corte.—Opinión Sybel.—Naturaleza de la conspiración de la corte.—Conspiración Mounier.—Su rápido desenlace.—Sus resultados: Federación de l'Etoile: juramento de los federados: 29 de Noviembre de 1789.—Federación de Montelimart.—Federación de Valence: 31 de Enero de 1790.—Federaciones militares.—Federación de Metz de 4 de Mayo: jura también Bouillé.—Consternación de la corte.—Federación de Lyon.—La señora de Roland.—Piden las provincias la federación nacional.—Bailly señala el 14 de Julio.—Federación de los enemigos de la revolución.—El comité austriaco.—El 3 de Julio de 1790: entrevista de la reina y Mirabeau.—La traición de Mirabeau.—Discusión.—Rómpanse las relaciones de Mirabeau con la corte.—Por qué razón.—La cuestión de la bandera.—Aprueba la Asamblea el programa de Bailly para la federación de París.—Reúnense en París veintiseis mil hombres armados de todas partes de Francia.—Resultados del viaje de estas fuerzas á París.—Quiénes eran los que se federaban.—Trabajos en el campo de Marte para la fiesta: su carácter y grandiosidad.—París entero acude á los trabajos.—Por qué.—Carácter de ese movimiento.—Relación de la *Gaceta nacional*.—Acuden á los trabajos los pueblos de los alrededores de París.—La canción patriota: el *ca ira*.—Sus orígenes.—Visita el rey los trabajos del campo de Marte.—Carácter monárquico de la federación de París.—Los guardias nacionales en el palacio real.—Actitud de la prensa republicana.—La fiesta de la federación.—Lafayette en la Asamblea nacional.—Cómo fueron recibidos por ella los guardias nacionales.—Discursos de Lafayette y del presidente.—Los extranjeros en la fiesta de la federación.—El prusiano Cloutz y la señora de Beauharnais.—La prisión por deudas.



HEMOS dicho que los insurrectos de Montauban esperaron en vano el socorro de los tolosanos, y que en lugar de éstos llegaron los guardias nacionales de Burdeos en ayuda de los patriotas. Unos y otros esperaban dichos auxilios en virtud de los pactos federativos que las ciudades habían celebrado entre sí, y nada más tenemos que añadir á lo que ya queda dicho sobre el carácter y origen de esos pactos federativos que no tenían más fin que el de auxiliarse los patriotas mutuamente contra la reacción. El movimiento federativo tomó, sin embargo, un impulso más claro y significativo después de la que hemos llamado deserción de Mounier.

Mounier, como queda indicado en su lugar, se retiró á su provincia, al Delfinado, con la ilusión de sublevarla contra la Asamblea nacional, creyendo que su popularidad, de la que no se supo dar cuenta, era hija del ascendiente personal que había tomado sobre sus ciudadanos, cuando no la debía más que á la causa que defendía y por un momento llegó á representar delante de Francia. Mounier, sin Barnave, sin los patriotas era impotente para nada grande, ni patriótico, y sobre todo en el Delfinado, que si podía estar orgullosa del sabio Mounier, no podía estar descontenta del elocuente rival de Mirabeau. Además, todo movimiento insurreccional en el Delfinado se hacía desde luego odioso por